

Arios, Turcos y Mongoles llevan igualmente la existencia de pastores errantes en los medios que la determinan.

Además de las hordas pastoriles, había también en esas comarcas, en el origen de los tiempos históricos, poblaciones de mineros: el Kuen-lun tenía sus canteras, donde se perseguían las venas de jade, y sin duda también había buscadores de oro, y el Altai, entre la Siberia meridional y la China, nos aparece poblado de mineros en la aurora de la historia: los campesinos rusos dan á sus antecesores de su raza el nombre de «Tchoudes», palabra que no ofrece sentido alguno preciso y á la cual no se une idea más clara que la de «bárbaros» ó «aborígenes». Los Tchoudes altayanos recogían el mineral de oro ó de cobre, lo que les aseguraba en aquella época una influencia grandísima en la economía del mundo entero; sin embargo, sus tesoros habían de repartirse sobre el continente por mediación de mercaderes y pastores, porque la leyenda no los menciona sino de una manera muy indirecta, y las fábulas que les rodean hacen de ellos genios ó enanos, muy diferentes de los otros hombres. Se han encontrado en las minas de Zmeinogorsk, que durante la segunda mitad del siglo XVIII fueron las más productivas del mundo en plomo argentífero, instrumentos de cobre que empleaban los mineros, que son desde luego de una forma muy primitiva, como ha podido comprobarse por el descubrimiento de un esqueleto que aún tenía á su lado sus herramientas y el saco de piel en que colocaba el mineral (Pallas). Los procedimientos seguidos por los Tchoudes para el lavado de las arenas auríferas y la fusión del mineral eran de tal modo incompletos, que en muchos sitios los mineros sajones y sus discípulos los industriales rusos han hallado gran provecho en explotar de nuevo las minas abandonadas. Además, se han dedicado á otro metal, el hierro, que los primitivos no habían aprendido aún á desprender de sus combinaciones, y que después ha tomado en el trabajo del mundo una parte mucho más importante que la del oro, de la plata o del cobre. En muchos puntos se encuentran esos yacimientos ferruginosos inmediatamente debajo de las arcillas auríferas.

Esos Tchoudes «de ojos amarillos» de las tradiciones rusas son probablemente los mismos que los Ting-ling y los Kien-kuen de cabellos rubios y de ojos claros, de que hablan los anales chinos



CAMPAMENTO EN LA ESTEPA MONGOLA

De una fotografía de M. A. Ular.

como existentes hace veintidós siglos en esas mismas comarcas del Altai y del Sayan¹; pertenecen quizá al conjunto de las poblaciones llamadas arias según el parentesco de su lengua con la del Irán, en tanto que los Hiung-nu, en los cuales se ven los antepasados comunes de todos los pueblos turcos actuales, y cuyo nombre ha persistido bajo la forma de Hunos y de Húngaros, vivían más al sud, en los territorios hoy designados con los nombres chinos de Kansu y de Chen-si. Aunque con el transcurso de los siglos esas poblaciones hayan tenido tiempo de acomodarse á la vida china, y de mezclarse, parcialmente al menos, con los habitantes cultos, Potanin ha encontrado en el país numerosos islotes turcos, como los del Chiringol y los Salor del Hoang-ho, al sud de la gran muralla, y los Yagur de la alta Edsina.

Actualmente, la mayor parte de las poblaciones turcas en relaciones directas con la China, después de haber sido rechazadas, se hallan acantonadas en el circo inmenso de la Kachgaria; en este circo de

¹ J. Deniker, *Tour du Monde*.

forma regular, casi completamente rodeado por un anfiteatro de montañas en una circunferencia de tres á cuatro mil kilómetros, sus bandas se han hallado cogidas sin poder continuar su camino ni volver sobre sus pasos. Del mismo modo que en un golfo adonde las corrientes llevan aluviones de toda procedencia, así también los elementos más diversos se han mezclado confusamente para formar las tribus diversas de Uriankhes, Dsungaros, Kirghiz y Tártaros en variedades sin fin. En ese remolino de razas y de sub-razas entremezcladas, muchos grupos, rechazados lejos de sus parientes de origen, aprendieron a hablar la lengua de los enemigos y acabaron por olvidar la suya; cada revolución nueva, cada inmigración de fugitivos determinaba una acomodación cambiante con el medio. Se demuestra la existencia de todas las transiciones posibles entre el Ario, el Turco, de pura raza y el Mongol típico. Comunmente la diferencia de las religiones ha acabado por llegar á ser el principal elemento de clasificación convencional, y á los budhistas se les llama Mongoles, en tanto que á los convertidos al Islam se les tiene por Turcos. Pero la verdadera oposición es la que presentan las tribus de profesión diversa, los pastores y los agricultores, éstos siempre pacíficos por naturaleza, mientras los otros transforman fácilmente su cayado en lanza de bandidos ó guerreros.

Desde ese punto de vista, las poblaciones nómadas que ocupan la larga zona de mesetas y de llanuras entre Siberia y China, los Mongoles y los Mandchues, han tenido frecuentemente una parte de acción muy poderosa sobre la historia de todas las naciones de Asia. La frontera secular de su país ha sido hecha visible, por decirlo así por una «Gran muralla» que por otra parte no impidió sus invasiones en las épocas de los impulsos étnicos: una muralla puede detener unas bandas por cierto tiempo, pero no podía modificar en nada las condiciones económicas generales que llevan consigo la ruptura de equilibrio entre las naciones. El hecho capital es que en virtud de la diferencia de los suelos, de las aguas y del clima hay contraste necesario entre el género de vida, las ocupaciones, las costumbres, el modo de sentir y de pensar de los que viven al norte del gran muro y de los que residen al sud. Cualquiera que sea, respecto de la raza, el origen primero de las gentes, han debido dife-



DA-KURÊ Ó URGA, SEGUNDA METRÓPOLI BUDHISTA Y CAPITAL DE LA MONGOLIA

De una fotografía de M. A. Ular.

renciarse del uno y del otro lado: éstos han quedado Mongoles, en armonía con sus estepas de césped escaso, corto número de lagos y ríos poco caudalosos; aquellos se han convertido en Chinos, cavadores acérrimos del suelo blando que renuevan las aguas desbordadas de sus ríos.

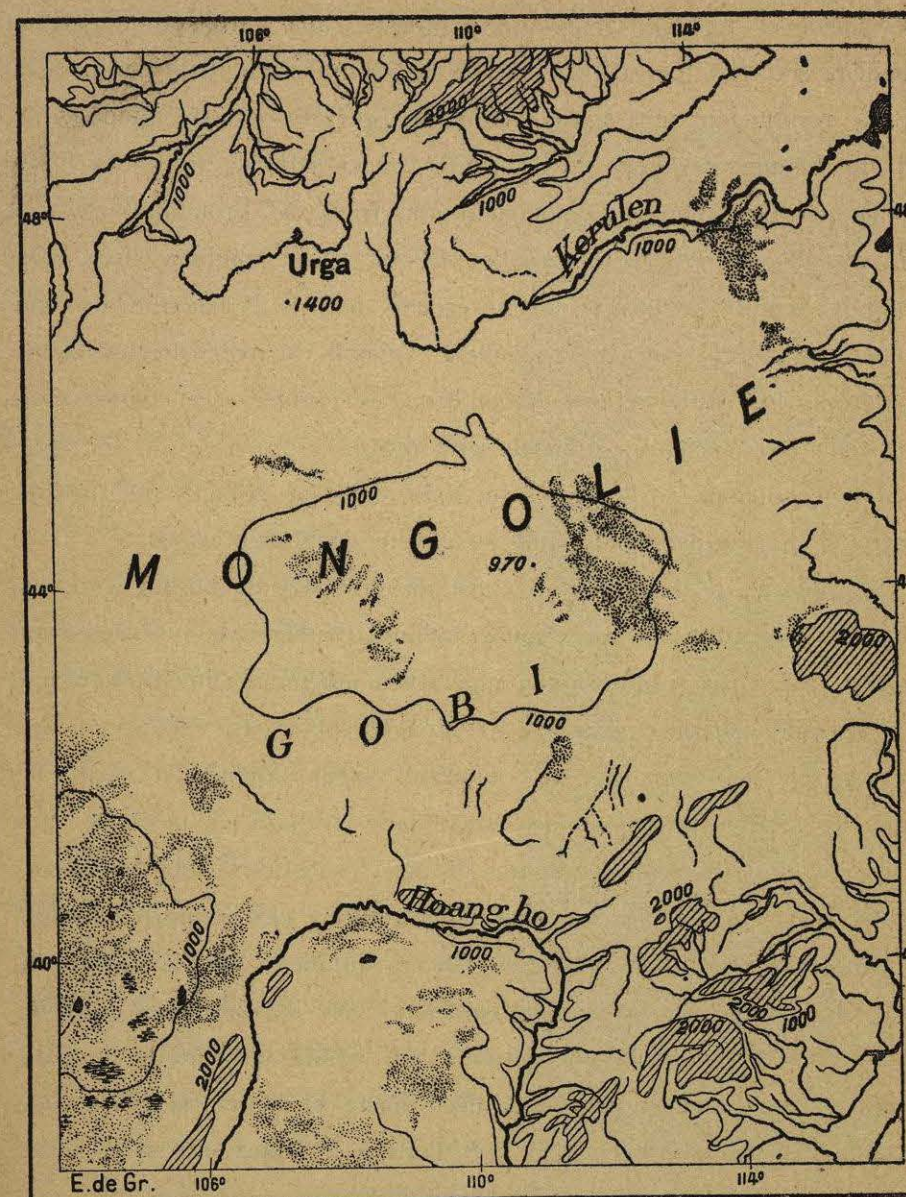
A pesar de grandísimas variedades, puesto que la Mongolia posee pastos excelentes, á la par que inmensos desiertos sin aguas; extensiones de piedra, llanuras salinas ó sucesiones de dunas, el conjunto de la comarca presenta un carácter medio bien marcado. De una manera general puede verse en ella una larga meseta de mil á mil doscientos metros de altura, ligeramente deprimida en su centro, que presenta al Norte y al Este un reborde de montañas, macizos y aristas. Hacia el Sud, es decir, del lado de la China, granitos y corrientes de lava marcan el descenso de la meseta, pero no de una manera uniforme: las aguas han surcado el espesor de las tierras altas, formando en ellas una guarnición exterior de valles, donde

han penetrado los agricultores chinos. El contraste es mucho más notable entre las fajas alargadas de los cultivos y los terraplenes superiores, promontorios avanzados de la gran «Tierra de las Hierbas», de suelo suavemente ondulado que recorren fácilmente los rebaños en todos sentidos.

Las poblaciones de la Tierra de las Hierbas y de los oasis encerrados por las arenas de los Gobi son históricamente muy diversas por el origen, pero suele comprendérselas bajo un mismo nombre y, por otra parte, el mismo género de vida les ha hecho parecerse mucho. En la Edad Media se les conocía generalmente por la denominación de Tártaros (Tatares), y desde hace un millar de años se les nombra sobre todo Mongus ó Mongoles; palabra á que se atribuye el sentido de «libres, bravos ó valientes». Considerando esas tribus (Kalmuk, Tchakar, Khalkha, Buriatos) como formando una raza de la que serían el tipo primordial, la mayor parte de los antropólogos clasificadores emplean también el término de «Mongoles» ó «Mongoloides» para designar de una manera general todos los pueblos «amarillos» del Oriente, comprendiendo entre ellos hasta los Malayos y los Polinesios; pero sabido es que esta designación sólo tiene un valor convencional, porque desde ciertos puntos de vista, los Mongoles ofrecen precisamente caracteres que les diferencian claramente del tipo especial atribuído á su raza: en primer lugar no son «amarillos», sino más bien morenos o tostados, y los que de entre ellos viven en la obscuridad de los conventos ó lamaserías, á cubierto y resguardados del aire libre, suelen tener la cara tan blanca como los europeos sometidos á la misma existencia.

Los Khalkha, que se atribuyen cierta superioridad sobre los otros Mongoles, como pertenecientes á la familia de Djenghiz-Khan, y que constituyen siempre la tribu más ilustre, son quizá entre todos los que menos responden al tipo mongólico de los autores, porque no tienen los ojos bridados por un párpado oblicuo, como la mayor parte de los Chinos, pero bajo otros aspectos corresponden al tipo convenido: el ojo pequeño, bien protegido por los párpados, brilla en el fondo de la órbita; la cara es ancha y redonda; la nariz, poco saliente, separada de la frente por una depresión muy ancha, no suele aparecer sino como una especie de botón grueso en medio de la

N.º 213. Mongolia central.



1: 10 000 000

0 100 300 600 Kil.

Karakorum ú Holin, residencia de Djenghiz-Khan y otros reyes mongoles, se halla en el límite del mapa, al oeste de Uрга, sobre la orilla izquierda de un afluente del Selenga, un poco más abajo del grado 48 de latitud Norte. Las ruinas, buscadas en diversos sitios, fueron halladas por Paderin en 1873.

cara; escasos pelos de bigote y de barba sombrean los labios y el mentón, en tanto que las orejas, cubiertas por una espesa capa de cabellos negros y grasientos están bien resguardadas del frío. Bajo

el áspero clima de la Tierra de las Hierbas, donde sopla con harta frecuencia el terrible viento del Noroeste, una nariz prominente o aguileña sería un funesto presente de la Naturaleza, y, bajo la influencia de la respiración, una barba abundante se transformaría rápidamente en un bloque de hielo. Un escritor musulmán da una idea muy risible del tipo mongol, exponiendo una frase del Profeta, relativa á los precursores del «Juicio final»: «Serán, dice, hombres cuya cara redonda tendrá la forma de un escudo batido al martillo de una manera igual en toda su redondez». Viendo aparecer los guerreros mongoles, los Mahometanos recordaron esa profecía y consideraron que toda resistencia de su parte sería inútil.

Las condiciones del medio que han dado al Mongol un tipo de rostro, le han impuesto también su género de alimentación.

La Tierra de las Hierbas, casi desprovista de bosque, no da frutas ni cereales, apenas algunos bulbos o tubérculos que se sacan de la tierra y que proporcionan una escasa adición al alimento habitual suministrado por los rebaños. El Mongol come casi exclusivamente la carne de los animales; sin embargo, agrega también la caza salvaje, los gerbos y hasta las ratas, pero rechaza el pescado, que le parece impuro porque vive en el agua, substancia tan frecuentemente sucia en aquellas regiones mal regadas y casi siempre saturada de sal, de salitre ó de otras substancias químicas; no bebe sino la leche de sus yeguas y de sus camellas, con la que sabe fabricar, como todos los nómadas de Oriente, la bebida fermentada llamada *kumis* ó *kmis*. Su odio al agua llega hasta el horror al baño: una antigua leyenda asegura que el rayo matará al audaz que se sumerja en la laguna. El código de Djenghiz-Khan, sencilla recopilación de costumbres antiguas, prohibía también lavar las ropas; había que llevarlas hasta que cayesen en jirones, siendo el colmo de la abominación lavar los utensilios de cocina y comida, que sólo es permitido limpiar con hierbas, con un trapo ó con boñigas de vaca. Los Chinos, que no son, sin embargo, de una limpieza ejemplar, dan á los Mongoles el nombre bien merecido de «Pueblo Hediondo». No es raro ver amigos ó enamorados que mascan sus piojos recíprocamente diciendo: «¡Ojalá puedas de la misma manera devorar mis enemigos!»

El vestido y la habitación están determinados como la alimentación del Mongol por las condiciones del medio: las lanas y fieltros se han utilizado en todo tiempo en esas comarcas para los vestidos y

para las tiendas, pero siempre perfectamente tejidos, porque si no estuvieran dotadas de una gran fuerza de resistencia, pronto se reducirían á jirones, deshilachadas por el terrible viento de la meseta. En todos sentidos, el género de vida de los Mongoles está determinado por el medio: nutridos por sus rebaños y caminando con ellos, son forzosamente nómadas. Cuando una parte de la estepa, compuesta de «praderas verdes» ó de «praderas grises», ha sido completamente pelada y no suministra ya hierbas a sus habitantes, se impone la necesidad de cambiar de pastos, de dirigirse hacia otras comarcas, frecuentemente lejanas. Del estío al invierno y del invierno al estío, se verifica entre los Mongoles un movimiento de trashumancia como sucede respecto del ganado de los Alpes y de los *merinos* de España. Los intereses del rebaño regulan todos los movimientos de la tribu lo mismo que su mentalidad o su moral. Los animales, camellos, caballos ó carneros de larga cola son casi el único objeto de su conversación: cuando se encuentran dos Mongoles se interrogan mutuamente sobre la salud de sus animales.

El caballo sobre todo es la alegría y el orgullo de los Mongoles, que fueron los primeros hombres que utilizaron el noble animal,



MUJER BURIATE VESTIDA DE FIESTA

Fotografía de M. A. Ular.